

Juan Villa

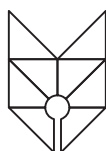
LA NOVELA DE DOÑANA

Crónica de las arenas
y otros relatos

Prólogo de MIGUEL DELIBES DE CASTRO

Epílogo de J. J. DÍAZ TRILLO

Dibujos de DANIEL BILBAO



FUNDACIÓN
**JOSÉ
MANUEL
LARA**

© Juan Villa, 2026
© Prólogo de Miguel Delibes de Castro, 2026
© Epílogo de J. J. Díaz Trillo, 2026

© Fundación José Manuel Lara, 2026
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño y maquetación: Manuel Rosal
Imagen de cubierta: 'Anochecer de invierno en la marisma' (2012) por Daniel Bilbao
Mapa de la zona: Jorge Camacho
Dibujos de interiores: Daniel Bilbao

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito Legal: SE 474-2026
ISBN: 978-84-19132-84-0

Printed in Spain–Impreso en España

PRÓLOGO

MIGUEL DELIBES DE CASTRO

Dicen los que saben de eso, invocando la Teoría de la Relatividad, que la manera en que percibimos el tiempo es una ilusión, que no avanza igual en todas partes. Tal vez se deba a ello el hecho de que me parezca mentira que hayan pasado veinte años desde la publicación de *Crónica de las arenas*, que tanto festejamos en su día. Diría que fue ayer, que las cosas apenas han cambiado desde 2005, en tanto los cincuenta años transcurridos desde el final de la Guerra Civil hasta los lustros crepusculares del siglo XX, ese medio siglo exacto que rememora el infortunado Jeremías al principio de la novela, se antojan una eternidad. *Crónica de las arenas* se mantiene viva, seguramente más viva que nunca, porque retrata con pasión y belleza, no exentas de dureza y fidelidad, los tiempos difíciles de la posguerra, la larga etapa del franquismo, los iluminados sueños redentores de unos gobernantes aislados del mundo, en una comarca solitaria y primigenia que hoy se ha convertido en algo diferente. Bien podría el Jeremías de los años noventa invocar a García Lorca, víctima directa de aquella tragedia nacional: «Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa».

Ahora lo llamamos Doñana, pero durante mucho tiempo fue, como se encarga Juan Villa de recordarnos, citando un

informe de la Junta Facultativa de Ingenieros de Montes de 1855, «la espantosa soledad que se prolonga desde el Tinto hasta el Betis». Esa soledad ya tenía su novela, la maravillosa *Ágata ojo de gato* de José Manuel Caballero Bonald, recordado Premio Cervantes. Pero *Ágata ojo de gato*, un libro onírico, preciosista, mágico, tiene como protagonista el paisaje, el «hediondo y a la vez lozano mundo», «posesión no de mar ni de tierra, sino de ambas extensiones coaligadas». También *Crónica de las arenas* retrata ese ambiente, y también lo hace, a menudo, de forma exuberante y barroca, de ahí que abunden las referencias a la «ciénaga hostil pero ubérrima», o se aluda a la «boca de un horno caldeado» para rememorar esos parajes en verano. Pero mientras los humanos de Caballero Bonald son dos errabundos colonos procedentes de las costas normandas, de los que apenas nada sabremos, los de la novela de Juan Villa son hombres, sobre todo, y también mujeres, de carne y hueso, que han vivido una guerra y laboran, sufren o sueñan en una época muy concreta, bajo unas circunstancias perfectamente reconocibles.

Quienes hemos pasado en Doñana muchos años nos sentimos tentados, por aquello de las querencias subjetivas y en cierto modo inevitables, a sugerir que la protagonista de *Crónica de las arenas* es Doñana, su historia antes de ser espacio protegido. Incluso el autor lo insinúa en el subtítulo. Pero no es verdad, o no es toda la verdad. El protagonismo de *Crónica de las arenas* recae en la posguerra civil, el aislamiento del franquismo y la consiguiente autarquía, la miseria y la represión, las obscenas diferencias de clase, los sueños de redención (ceranos a aquel «amamos a España porque no nos gusta» de José Antonio), el papel de la Iglesia, a la vez respetada, temida y, en el fondo, despreciada, la omnipresencia del Dictador, por supuesto en espíritu y también físicamente...

Juan Villa nos cuenta en esta novela la historia de El Majadal, poblado construido en los cuarenta para posibilitar la repoblación masiva de eucaliptos. Lo diseña, crea y dirige un Ingeniero Jefe franquista y exagerado, de pistola al cinto y aires militares, más católico que los curas, y por demás autoritario e inflexible ante la misión que intuye por delante, «en concierto con las leyes de Dios y el Movimiento Nacional». D. Octavio Zamacola, el tal ingeniero, ordena levantar un asentamiento con su iglesia y su capellán, su escuela y su maestro, su economato, pequeñas casitas familiares, hangares para los trabajadores solteros... y ante la falta de mano de obra no se muestra demasiado escrupuloso a la hora de pedir antecedentes a quienes se ofrecen para trabajar (por más que cobre con la vida si descubre un pasado «inadmisible»). Aunque en el fondo admira a los holandeses que lo precedieron en el intento de cultivar aquellas ciénagas, los desprecia por extranjeros, y no parará hasta conseguir el expolio de sus tierras («el monte no debe estar nunca en manos privadas», postula). España sola, a mucha honra.

Desde el punto de vista de la historia de Doñana lo interesante es saber que El Majadal existió, y los viejos sabemos dónde estaba (o, para ser precisos, dónde está), y que D. Octavio, o alguien muy parecido a él, también existió, y sabemos cómo se llamaba, y que se plantaron millones de eucaliptos y pinos, muchos de ellos ya eliminados. Y también que lo llevaron a cabo muchas personas concretas, impulsadas, nos dice Villa, por dos grandes fuerzas: el hambre y el miedo («la casi totalidad de los trabajadores no sabe leer ni escribir y ni siquiera rezar», escribe D. Octavio al Ministerio). La novela describe el desconcierto del Ingeniero cuando, en visita a El Majadal, un ministro se expresa ante él «con la jerga liberal que tanta sangre había costado enterrar...». Ya

en la década de los cincuenta, el Régimen intentaba abrirse al exterior, reclamaba la iniciativa privada, daba la espalda a los redentores. Eran los comienzos de un cambio, el final de una era que, para El Majadal, apenas si había comenzado.

Pronto todo se derrumbará, mas no adelantaré cómo. Terminaron el poblado y la repoblación forestal y llegó, dice Juan Villa, el «espíritu ecologista». Sin duda, en ese marco debe incluirse quien firma este prólogo, venido a Almonte en 1972. Con el bagaje de los 53 años transcurridos me permito discrepar (y Juan lo sabe) de su conclusión, tal vez requerida desde el punto de vista literario, que apunta a que con la creación del Parque Nacional «se afincó de nuevo en aquella tierra insumisa la espantosa soledad que se prolonga desde el Tinto hasta el Betis». Difícil es hablar hoy de soledad entre los dos ríos con grandes carreteras a menudo colapsadas, cientos de miles de veraneantes en las playas, miles de hectáreas cultivadas bajo plásticos, decenas de empresas que enseñan la naturaleza, y una imagen de marca, Doñana, conocida y respetada en todo el mundo.

Crónica de las arenas fue la primera novela de Juan Villa, y a todos los interesados por la literatura y por Doñana nos deslumbró. Además, abrió el camino a otras novelas y relatos (*El año de Malandar*, *Los almajos*, *Voces de la Vera...*) que en conjunto se han vuelto imprescindibles para quienes aman la buena literatura y desean conocer cómo era la vida en una comarca definitivamente cambiante, cuyo futuro está aún por escribir. Una buena parte de esos textos se reúnen aquí, encabezados por *Crónica de las arenas*; si nada se tuerce, el resto se agruparán en otro volumen más adelante. Para sus numerosos lectores, es un motivo de alegría. Muchas gracias, Juan, por haberme encargado estas líneas. Ha sido un honor.

LA NOVELA DE DOÑANA: UNA REPARACIÓN

JUAN VILLA

El término Doñana nunca fue muy utilizado por la gente de Doñana, y menos aún por los habitantes de los pueblos vecinos. Era el nombre que aparecía en los mapas para referirse a este territorio, pero la gente de Doñana no utilizaba mapas, no los tenía, no los necesitaba. La gente de por aquí llamaba a Doñana *El Coto*, el coto por antonomasia se entendía, ya que había otros cotos vecinos a los que, para referirse a ellos, se usaba el nombre propio: el Coto Rey, el Coto Ibarra, el Coto Bayo... de características naturales muy similares pero de menos prestigio social, de menos alcurnia, o, si se quiere, con menos literatura: estos otros nunca estuvieron en la ruta de los viajeros románticos ni los visitaron con asiduidad para el noble ejercicio de la caza aristócratas y grandes burgueses de toda Europa.

Todo el territorio englobado entre las desembocaduras de la Ría de Huelva y del Guadalquivir forma de alguna manera un mismo conjunto natural y cultural, remiso a la mano del hombre, rebelde, dominado por la inestabilidad de unas aguas, tan variadas como traicioneras, que se combinan con materiales tan volátiles como la arena y tan indóciles como las arcillas. Esa naturaleza movediza que parece estar en

constante construcción –sostiene el ecólogo Ramón Margalef que Doñana es fruto del permanente conflicto entre el río Guadalquivir y el océano Atlántico– alcanza lo cultural y lo social de estas tierras, componiendo escenarios humanos sujetos a todo tipo de vaivenes, especialmente esos mundos crepusculares a los que se refiere esta *Novela de Doñana*.

Desde el punto de vista del paisaje y de los usos y las costumbres de sus habitantes se percibe una clara unidad en todo el territorio, una misma forma de proceder en todos los cotos: chozas para vivir –aisladas o en grupos pequeños–, oficios múltiples –nadie solía tener una sola profesión: guardas, hortelanos, carboneros, ganaderos, colmeneros, gente de la madera, piñeros... cambiaban de oficio con las estaciones o con la necesidad del día– y señoritos dueños y señores de esas enormes y palúdicas fincas que de tiempo en tiempo aparecían por el lugar básicamente para cazar, aunque se sabe que, en otras épocas, se utilizaron estos espacios para asuntos menos respetables y que aún existen rincones en los que esa poca respetabilidad impera. Ya en su *Voyage d'Espagne*, publicado en 1667, el holandés Aarsens de Sommerdyck habla del contrabando por estas playas de comerciantes extranjeros que burlaban la renta debida al rey de España apoyados por algunos poderosos de la zona. Casi cuatrocientos años después, cualquier guardia civil del Golfo de Cádiz podría contarnos la misma historia que el holandés: de aquellos barro, estos lodos.

Es este el ámbito de mis novelas, el espacio que va de la ría de Huelva al Betis, al Guadalquivir. El tiempo, el siglo XX.

Si, mirando hacia el sur, hacia el mar, trazáramos una línea imaginaria que fuera desde la aldea de El Rocío a la actual playa de Matalascañas, a la derecha nos quedarían las tierras conocidas por El Abalarío, a la izquierda, Doñana.